

LA CHACRA DEL PEPE



Galo Galarza

Conté, en mi libro *Breviarios*, publicado por Eskeletra editorial, hace un par de años, que un día del mes de octubre o noviembre del año 2015, llegó a mi oficina en el llamado Palacio Najas (Cancillería ecuatoriana), un buen amigo, Juan Meriguet (hijo de la queridísima escritora Nela Martínez), con un mensaje del entonces presidente Rafael Correa, quien me ofrecía la embajada del Ecuador en el Vaticano. Pasaba entonces por una crisis de salud muy severa que parecía me conduciría indefectible y anticipadamente a la tumba. Querían darme, tal vez, la oportunidad de que redima mi alma y que culmine en Roma, lo más cercano al cielo, mi larga carrera diplomática. El amigo se quedó sorprendido, por ello, cuando le dije que agradecía el gesto del mandatario, pero que prefería, si había ese ánimo de ayudarme, la embajada del Ecuador en Uruguay. Recuerdo que le dije: “*Prefiero la chacra del Pepe que el palacio del Papa*”.

El presidente Correa aceptó mi petición y me nombró embajador en ese tan querido país, en enero de 2016, donde permanecí un lustro, antes de retirarme de la carrera diplomática.

Nunca me arrepentí de mi decisión. Roma con todos sus encantos y el Vaticano con todos sus caminos al cielo, fueron sustituidos por un país sudamericano modélico en muchas cosas, pero sobre todo en dos (o tres): su apego a la democracia, el respeto a los derechos humanos y su amor a la cultura.

Y fue en ese país de la Banda Oriental, del cual había caído prendado hacía tiempo por su rica literatura (Quiroga, Onetti, Galeano, Benedetti, Levrero, sus maravillosas poetas: Juana de Ibarborou, Marosa Di Giorgio, Ida Vitale), donde pude conocer al expresidente José *Pepe* Mujica y visitar su chacra (es decir, su pequeña casa de campo) en el *Camino Colorado*, a las afueras de Montevideo, donde vivía con su compañera, Lucía Topolansky, entonces presidenta del Senado. Recuerdo que fuimos con mi esposa y con el periodista Xavier Lasso y su esposa. Xavier viajó desde Quito para hacerle una entrevista que cubrió dos programas de *Palabra Suelta*. Xavier no cabía en su dicha cuando le confirmé que el

expresidente nos recibiría en su casa, después de muchos intentos fallidos que él tuvo para conseguir esa entrevista.

Fuimos una mañana soleada y fresca del otoño uruguayo, lo recuerdo claramente, tomamos la autopista que lleva a Canelones, yo iba manejando, entramos en un camino de tierra y parqueamos el auto frente a la *Chacra del Pepe*. A los pocos minutos vimos que se acercaba un pequeño tractor. El tractor venía conducido por el expresidente y entonces senador José Mujica. Llevaba puesto sobre la cabeza un pañuelo blanco para secarse el sudor y unos rústicos guantes de cuero cubrían sus manos. Venía de abrir surcos para cultivar verduras. Quien no le conociera lo habría confundido con un viejo agricultor más de aquellos que viven en ese espacio del campo uruguayo.

Bajó del tractor, se quitó el pañuelo y los guantes, estrechó nuestras manos y nos hizo pasar a su casa. Por allí deambulaba *Manuela*, la perrita mestiza coja, que moriría meses después. O tal vez vi su fantasma. Y, en la cocina, Lucía Topolansky, la presidenta del Senado, lavaba algunos trastos y pelaba unas patatas. Tal era la sencillez de esta pareja de seres humanos excepcionales. Una casa modesta, nada que ver con las mansiones de otros exmandatarios latinoamericanos que había podido conocer a lo largo de mi carrera diplomática. Mobiliario sencillo, unos estantes llenos de libros, unas fotografías, algún cuadro de un pintor amigo. No había guardaespaldas ni secretarías ni toda esa fauna de esbirros que suelen rodear a las gentes del poder.

Nos enseñó emocionado la copia de los diarios del Che Guevara que había conseguido en Bolivia y, desde allí, arrancó una conversación que se prolongó por varias horas. Una parte fue grabada por Xavier, con la cual armó los programas que transmitió en Ecuador; y, la otra, quedó grabada para siempre en nuestros corazones.

La vida me dio la suerte de conocer a seres excepcionales. Uno de ellos fue, sin duda, Pepe Mujica, quien hoy murió rodeado de la consternación de su pueblo. Varias veces lo habían matado en las redes sociales ese grupo de gente desocupada o despistada, que se empeña en anticipar la muerte de la gente. Pero hoy, lamentablemente, fue verdad. El gran Pepe Mujica dejó este mundo para pasar a la inmortalidad.

Me uno a ese coro gigantesco que se eleva en Uruguay y en otros lugares del mundo para exaltar su figura. Envío mi pésame a su compañera de toda una vida de lucha y sacrificios: Lucía Topolansky y a todo el querido pueblo uruguayo que llora su muerte.

Lo vi hace unos meses en una grabación, en la cual aparecía muy demacrado, pero con voz firme seguía alentando a los integrantes del Frente Amplio a continuar adelante, hacia el triunfo en las elecciones presidenciales y legislativas. Se despidió allí de su gente. Dijo que el mayor mérito para un dirigente es dejar gente mejor para que continúe la lucha. Un líder admirado por propios y extraños.

En un momento cuando algunos exmandatarios y altos burócratas de nuestra región (los Hernández, los García Luna, los Martinelli, los Toledos, los Polit, entre otros) caen presos en los Estados Unidos o en sus propios países por sus actos de fechorías y robos, por sus vínculos con el narcotráfico u otras mafias, resulta alentador examinar la vida de un hombre como José *Pepe* Mujica. Dimensionar su honradez, su firmeza, su integridad. Pasó preso doce años en las mazmorras de la dictadura uruguaya, sometido a los peores vejámenes y torturas y cuando salió de la prisión y llegó a la Presidencia de la República, lo hizo sin una gota de venganza, sin una gota de rencor, igual que otro líder extraordinario como fue Nelson Mandela.

Descanse en paz este viejo sabio y bueno. Que su luz siga iluminando a nuestros pueblos y, en particular, a su hermoso país, que en las últimas elecciones dio el triunfo al candidato del Frente Amplio, Yamandú Orsi. Ese fue el mayor homenaje que Uruguay le rindió a Pepe Mujica, cuando todavía estaba en vida. ☞

Galo Galarza Dávila. Escritor y diplomático ecuatoriano. Ha representado a su país en Nicaragua, Cuba, Estados Unidos, Canadá, Francia y Australia. Fue Embajador del Ecuador en México de 2006 a 2012. Posteriormente, fue Subsecretario de América Latina y El Caribe del Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana del Ecuador. Fue también Embajador del Ecuador en Uruguay. Es autor de varios libros de narrativa, como *En la misma caja* y *La dama es una trampa*, y coautor del libro *Ecuador en el mundo, 1830-2006*. Su obra consta en varias antologías de relato ecuatoriano e iberoamericano. Miembro del Consejo Editorial de *Archipiélago*.